

DESDE LA FE



Solidaridad y caridad

La solidaridad es un valor en alza en la sociedad actual. En nuestro país ya comienza a movilizar a un número importante de personas. Más de un millón de jóvenes, según informes fidedignos, se ocuparon a lo largo de 1995 en alguna actividad solidaria. La plataforma del Voluntariado calcula que las asociaciones que la integran reúnen más de trescientos mil socios.

Los destinatarios de los movimientos solidarios son tan variados como las situaciones de necesidad que presenta el mundo y la sociedad española. Hay organizaciones solidarias con el Tercer Mundo, con los inmigrantes en España, con las personas que pueblan el abigarrado mundo de la exclusión. Hay grupos que ejercen la solidaridad con las personas y los grupos afectados por las mil formas de sufrimiento.

La práctica de la solidaridad ha generado ya un nuevo tipo de persona, el voluntario, con un perfil perfectamente definido, y está haciendo aparecer organizaciones sociales específicas como las ONG y el voluntariado.

Estoy convencido de que la solidaridad y su institucionalización constituyen uno de los fenómenos más relevantes y valiosos de la sociedad actual desde el punto de vista moral. Su existencia muestra que la evidente crisis de los valores en nuestro mun-

do no significa que éste se encuentre totalmente "desmoronado".

¿Tiene el cristianismo algo que ver con el actual movimiento solidario? ¿Tiene Dios algo que ver con la solidaridad? Dos cosas me parecen claras: que el movimiento no es un producto exclusivo del cristianismo y que en él están implicados muy numerosos cristianos. Algunos piensan que la solidaridad -nuevo nombre para la "fraternidad" de la Revolución Francesa- constituye una alternativa secularizada a la caridad cristiana, que permitiría su supervivencia, bajo formas mejor adaptadas a la situación actual, tras la crisis del cristianismo y de las Iglesias. Yo admito -y celebro- que la solidaridad esté permitiendo a personas no creyentes y creyentes coincidir en el servicio a la causa del hombre y en la lucha por un mundo más humano. Creo, además, que la solidaridad está permitiendo a los creyentes dar de la caridad una versión histórica que les permite eliminar algunas distorsiones que acarreaba en otros tiempos su ejercicio. Pero creo también que la caridad puede dar a la práctica de la solidaridad por los cristianos dimensiones y matices que la enriquecen: así, el amor generoso, universal, servicial, la exigencia de la compasión, la capacidad de perdón y el hundir las raíces del quehacer solidario en el amor incondicional que es Dios, que nos ama primero y así nos capacita para amar.

No hay más que recordar el Evangelio: "Lo que hicisteis a los ,más pequeños, a mí me lo hicisteis", para percibir que la solidaridad es un lugar para el encuentro con Dios, uno de los hechos sociales que lo manifiestan, un auténtico signo de los tiempos. Los obispos franceses lo dijeron de la forma más rotunda:

"La solidaridad con el pobre es una de las formas de decir 'Dios' hoy".

JUAN MARTÍN VELASCO